



## IMAGO MUNDI EL PAPEL SOCIAL DE LA TRADUCCIÓN LITERARIA EN EUROPA

Carlos Fortea

En torno al ecuador del siglo X, en un monasterio al norte de Castilla, un fraile que enseñaba latín a sus discípulos, harto de los problemas que le daban los textos que utilizaba en sus clases, tiró de pluma y escribió, al margen de algunas palabras, su versión en la lengua que ya en esos momentos hablaba cada cual con su vecino. Al lado de la palabra latina «limpha» escribió, simplemente, «agua».

Estaba lejos de saber que se había convertido, de un solo golpe, en el primer escritor de la lengua española y en el primer traductor al español. Estaba lejos de tener conciencia de la importancia de lo que había hecho y de con qué veneración sus pobres páginas —simples copias de un manuscrito original, destinadas al uso de los aprendices— se verían conservadas en museos, reproducidas en versión facsímil hasta la extenuación y estudiadas, después de mil años, por gentes que ya no sabían tanto latín como él, pero probablemente mucho más castellano. Y, desde luego, estaba lejos de saber que había producido uno de los documentos más antiguos del papel social de la traducción, una certificación de la importancia de la trujamanía como creadora de lenguas, antes aún de ser transmisora de mundos.

Lo ocurrido en Silos y San Millán tenía precedentes en otros países, y habría más casos después de este. Al correr del tiempo, ese sencillo mecanismo diseñado para facilitar la vida iba a convertirse en uno de los grandes motores de creación de las lenguas vernáculas, sobre las que a su vez se iban a construir las identidades de Europa. La traducción empezaba su tarea por el principio, es decir, fabricando su herramienta. A la vez que los escritores originales.

Crear lengua es crear pensamiento, y transmitir pensamiento es transmitir ideología. Por eso, en los qui-

nientos años que seguirán a la modesta hazaña de San Millán y Silos, la traducción vive su momento de mayor gloria en el continente europeo; los que serán los primeros escritores de las lenguas nacionales adoptan, en estos primeros y titubeantes siglos de penumbra, una actitud humilde que sin duda está muy justificada: casi todos ellos son eruditos —muy pocas personas sabían leer, y escribir estaba al alcance de una elite insignificante—, conocen el latín, y su sensibilidad lingüística está fascinada ante la riqueza de posibilidades de la lengua clásica; a su lado, la lengua de comunicación que emplean en sus vidas cotidianas les parece pálida y carente de fuerza, y así lo dicen; Pedro de Chinchilla se lamenta de que en castellano «el dulce e buen orden de fablar, segunt que en la latina, fallar non se puede»; Pero González de Mendoza se duele de que «non auemos tan compendiosos vocablos para que en pocas palabras pudiesemos comprender grandes sentencias»; Alfonso de Palencia concluye que el resultado es que «lo agudo se torna grosero y lo muy vivo se amortece del todo»<sup>1</sup>. Además, lo que pueden leer en los textos latinos no es menos asombroso para una mente alerta. Por eso, por la fascinación intelectual bajo cuyo influjo viven, los primeros literatos se entregan a la traducción.

De este modo Europa se llena de lenguas... y de ideas. La inesperada y feliz conjunción de que en los mismos años en que se están traduciendo los clásicos se invente la imprenta va a dar a luz un mundo distinto al conocido durante los casi mil años anteriores, desde que la cultura quedara sepultada por las ruinas de mármol del Imperio Romano. Un mundo distinto también por obra y gracia de la traducción: desde nuestra perspectiva actual, es evidente que en el mundo teocrático e ignorante de la Baja Edad Media las grandes obras de la Antigüedad tenían que caer como una bomba sin ayuda

de nadie, sin más que ser leídas tal como fueron escritas, en un mundo panteísta, culto y libre, incluso un punto amoral; pero es que, además, la traducción iba a abrir una ventana imprevista incluso para los traductores, al motivar, junto con las versiones de los textos bíblicos a las lenguas romances, la implantación social de una nueva casta de exegetas bíblicos.

Seguramente nada estaba más lejos de la pretensión de los traductores. En el debate eterno sobre la literalidad y la fidelidad, sobre la «libertad del traductor», quizá el hecho más claro de establecer es que el traductor es libre a su pesar, porque sencillamente no es posible seguir los textos al pie de la letra. Esto, que siempre ha sido cierto, lo era tanto más en aquel momento inicial y titubeante: enfrentados a los textos sagrados, los traductores dan su versión leal... y chocan con la versión establecida. Junto a los intérpretes oficiales —el clero— ha surgido una red de intérpretes aficionados, de intérpretes *libres*, que escriben buenamente lo que leen, pero no siempre leen lo mismo que el púlpito predica.

En Alemania, Martín Lutero crea el alemán y el protestantismo con una sola traducción, la de la *Biblia*. La trascendencia del caso no podrá nunca ser suficientemente enfatizada: porque el desafío no consistía tanto en la interpretación a la que tal traducción daba cuerpo como en el hecho mismo de atreverse a interpretar, y sus consecuencias. Como dice acertadamente Christian Balliu, «Las guerras de religión, que giraban en torno a las distintas interpretaciones de los textos bíblicos, eran, sobre todo, guerras de traducción y de traductores. Cada uno de los bandos en litigio intentaba sacar fuerza y legitimidad de una interpretación propia y argumentada de los textos sagrados»<sup>2</sup>.

Fuerza, legitimidad... y pretexto, habría que añadir. Porque la disputa teológica tiene un alcance inmenso, pero lo que la vuelve histórica es que se conecta de forma inmediata con un magma preexistente de aspiraciones sociales y políticas —disputas históricas entre príncipes y vasallos alcanzarán en este momento su expresión— y les da sustrato ideológico. La consecuencia para los traductores, es evidente, va a ser la persecución. Son un magnífico chivo expiatorio. En Francia, Étienne Dolet arde en la hoguera por negar la inmortalidad del alma en su traducción del diálogo *Axiochos*, atribuido a Platón. En Gran Bretaña, Wycliff Tyndale traduce a Erasmo y termina quemado por hereje. En España, Fray Luis de León traduce *El cantar de los cantares* y termina diciendo su famoso «decíamos ayer» después de varios años en la cárcel. Como siempre a lo largo de la Historia, la libertad viene en brazos de las ideas; en este caso, las ideas provienen de la traducción.

Sin embargo, lo que todavía no se ha producido es aquello con lo que hoy más identificamos a la profesión de los trujamanes, y es la transmisión, por medio del traslado de cultura a cultura, de la imagen del otro. Hasta este momento, lo que llega a través de la traducción es el mundo clásico, y en tanto que se trata de un mundo extinguido lo que nos llega son sus contenidos, no su vida. La traducción no cumple aún el papel social de puente entre culturas.

Por otra parte, es lógico que así sea: durante los años comprendidos entre el final de la Edad Media y el del Renacimiento, la función de la traducción es crear su instrumento, darle forma, pulirlo para que sirva como medio de expresión preeminente. Y los textos que forman la herencia de Occidente le sirven de piedra de afilar.

En cuanto el instrumento está a punto, la vocación primordial del traductor es abrirse a otros mundos. Las lenguas de Europa empiezan a cruzarse, *El Quijote* se traduce al inglés en 1612 y al francés en 1614, al italiano en 1622, al alemán en 1648. Shakespeare y Calderón fertilizan la literatura alemana, y a mediados del siglo XVIII la rusa; a principios del XIX, Goethe va a soñar —y a teorizar— el concepto de Literatura Universal de la mano de las traducciones.

Hasta la llegada del siglo XX, la función sociopolítica de la traducción literaria tiene un enorme peso debido a que son, precisamente, las elites políticas y económicas las que tienen acceso a la cultura: las ideas circulan, y aunque no lleguen a todos, llegan a quienes crean opinión y manejan poder. En el siglo XX, la era de las masas, su peso va a seguir siendo enorme, pero por razones radicalmente distintas; se multiplica el número de publicaciones, pero además la cultura se socializa, y lo hace en una doble vertiente: la obra llega, en su estado primario, a muchísima más gente, pero además, los medios de comunicación de masas envían a quienes no conocen la obra primaria una versión *secundaria* de la misma, en forma de crítica, de opinión, de extracto, de valoración por parte de la elite intelectual y académica. El texto traducido multiplica su capacidad de transmitir su visión del ser humano, de la realidad, de la vida.

Con ser mucho, la información y la imagen del mundo que los traductores hacen llegar a sus culturas de origen son solo una parte de lo que les transmiten; con la traducción, con la otra cultura, vienen aparejadas muchas más cosas: los prestigios, por ejemplo. La cultura capaz de producir *Guerra y paz* suscita en el lector una admiración que va más allá del autor que produjo la obra, y se extiende al pueblo que la generó. Viceversa, la ausencia de una literatura de igual calibre induce en la cultura destinataria la idea de un pueblo merecedor de

menos atención. Lo cual, a más de ser injusto en sí mismo, es doblemente injusto si tenemos en cuenta que, en muchas ocasiones, las pequeñas culturas no llegan a los hablantes de las grandes lenguas porque no tienen potencia económica —que no cultural— suficiente para «vender» sus productos. Incluso puede ocurrir y ocurre que la falta de conocimiento de las lenguas minoritarias impida el tránsito de sus producciones. Por poner un ejemplo, hemos tenido que esperar al empeño personal de un traductor, Ramón Sánchez Lizarralde, para que, de la mano de Ismail Kadaré, Albania empezase a existir culturalmente en el mundo hispánico.

Además, la traducción no sólo trae hasta nosotros la imagen del otro, sino también la imagen que el otro tiene de un tercero. Nuestra visión del judaísmo está hecha sin duda a partir de los judíos españoles, pero a ella se suman el Shylock de Shakespeare, el Nathan de Lessing, los judíos ashkenazi que aparecen en las grandes obras de la literatura centroeuropea escrita en checo, en alemán y en polaco. La imagen del irlandés debe más a la contrapuesta visión que de él ofrecen las literaturas inglesa y norteamericana, con sus alternativas de hostilidad y simpatía, que a las propias obras originales. El árabe que el norte de Europa recibe en su seno está hecho de obras originales, pero también de la imagen del árabe que aparece en la literatura española. El prejuicio se arma y se desarma por el relato que nos trae el otro. El tópico, también.

Hay un caso singularmente interesante: en 1717, Antoine Galland traduce un compendio de cuentos orientales con el título de *Las mil y una noches*, y da origen a una de las visiones del otro más discutidas de la Historia. La traducción de Galland, deslumbrado sin duda por una lengua que en realidad no conoce tan bien como cree, es un auténtico derroche de imágenes exóticas, en gran parte producto de una traducción muy literal. El libro conoce un éxito sin precedentes, del francés se traduce a las otras lenguas europeas (transmitiendo por tanto un exotismo que no está en la lengua original, sino en la traducción, y tal vez una óptica inevitablemente francesa) y su difusión alcanza tal grado autoritativo que, cuando esta colección de cuentos predominantemente orales se plasma por escrito en su árabe nativo por primera vez, es cien años después de la traducción, y es más breve que ella. De hecho, ninguna de las primeras ediciones árabes contiene algunos de los cuentos más famosos, como *Aladino y la lámpara maravillosa* o *Alí Babá y los cuarenta ladrones*. Y nada de esto afectó a la vigencia del texto de Galland.

Lo que nos lleva a uno de los puntos de mayor interés y mayor relevancia de todo el universo sociopolítico

de la traducción: cuando Edward Said dice en *Orientalismo*<sup>3</sup> que Oriente es un producto de la imaginación de Occidente, está implicando muy directamente a la forma en que Oriente ha llegado hasta nosotros. El poder de la palabra escrita da forma al mundo. Y, si esa palabra no es congenial con el mundo al que da forma, lo traiciona. La primera visión que el Occidente moderno tiene de Oriente no es una visión real, sino embustera. No lo es por mala intención, sino por desconocimiento. Pero el resultado evidente es *la transmisión del desconocimiento*. El Oriente que llega hasta Europa es tan real como la España de los *Cuentos de la Alhambra*.



No hace falta insistir en la importancia que esto tiene en el momento en que vivimos. Una vez más, en uno de esos espasmos de la Historia que vivimos a ciertos intervalos, el cruce de las culturas está siendo fuente de conflicto, lo mismo que en otras ocasiones ha sido fuente de fertilización. Cuando el conflicto se produce, siempre tiene que ver en una parte con la distorsión de la imagen del otro, y a su vez incrementa tal distorsión. Los escritores son pieza fundamental en la resolución de esta parte del problema, porque sus textos dan la imagen afinada de los pensamientos de cada interlocutor, y porque sus libros sirven de escenario al conflicto, lo desmenuzan, lo debaten, ensayan soluciones. Es obvio que en estas concretas circunstancias, en este preciso instante histórico, el papel de la traducción a la hora de reflejar con exactitud estos debates es esencial. Si nuestra vocación como traductores siempre es llevar la voz del otro, hoy esto adquiere, como en otros momentos de encrucijada, una redoblada función social.

Una mirada reduccionista podría pensar que esto afecta sólo a una parte del mundo, y que por tanto tales argumentos distarían de ser generalizables. Sin embargo, la globalización ha hecho que, si antes nada humano nos era ajeno desde el punto de vista filosófico, ahora nada humano nos sea ajeno desde un punto de vista material y concreto. Las cosas ya no ocurren en lugares lejanos. Un animal enfermo en la lejana China puede traer sus gérmenes hasta el Mediterráneo en cuestión de horas, una idea nacida a orillas del Mar Rojo puede causar un incendio en América. Más aún: una solución a nuestros problemas puede dar la vuelta al mundo con tan solo que lo queramos. En lo que afecta concretamente a la traducción, este encogimiento del mundo se ha plasmado en una afortunada multiplicación de las voces que, sin embargo, somete a la profesión a nuevos retos. El perfil tradicional del traductor era el de alguien

que transmitía con lealtad las palabras y el imaginario de una cultura ajena que conocía bien y que se expresaba en su lengua vehicular, que también dominaba el traductor.

Ahora, hay una variante capital en esto: proliferan aquellos escritores que se expresan en una lengua ajena a la de su cultura. No estamos hablando de culturas de origen, de esto siempre ha habido casos, desde Elías Canetti a Kazuo Ishiguro, que a despecho de su origen inmediato o lejano han sido escritores alemanes o británicos, respectivamente. Nos referimos a aquellos autores que, sin renunciar en lo más mínimo a sus culturas de origen, se sirven de la lengua de una de las culturas dominantes para transmitir su mundo de ideas. El ejemplo quizá más conocido serían los escritores angloparlantes del tipo del Nobel V. S. Naipaul, que emplean la lengua del antiguo colonizador; pero en los últimos tiempos está surgiendo también la voz del emigrado o exiliado que utiliza la lengua del país de asilo para transmitir, precisamente, no la imagen del mundo que le acoge, sino la del mundo que dejó atrás. Es lo que ocurre, por ejemplo, con los escritores de origen oriental que escriben actualmente en alemán, como Emine Sevgi Özdamar o Rafik Schami. Enfrentados al silencio del escritor que pierde su público natural, se dan cuenta de que «la rendición sin condiciones [no] es una solución, porque conduce a la pérdida de la identidad»<sup>4</sup>, y trasladan su experiencia y su tradición a la lengua ajena y a un público que no se puede calificar de ajeno, porque es el suyo, pero que sí es ajeno en primera instancia a lo que sus libros reflejan.

Para el traductor, el problema es notorio, porque se ve obligado a trasladar, de una lengua que conoce bien, una cultura que no conoce bien o no conoce en absoluto. No me interesa tanto resaltar el problema técnico como el papel que el traductor representa; el profesional de la traducción literaria se enfrenta todos los días a dificultades similares, basta con que un personaje de origen étnico distinto al del autor aparezca en una novela clásica para que se dé tal situación. Lo interesante es el hecho de que el transmisor se convierte aquí, lo quiera o no, en un receptor que se halla *al mismo nivel* que sus lectores, lo que sí es una novedad. No puede resolver sus dudas con su superior conocimiento de la cultura de origen porque no lo tiene, y al no tenerlo, paradójicamente, se convierte en un puente puro, sin sombra alguna de interpretación. Al pasar por sus manos, el mensaje del otro llega sin adaptación alguna porque el traductor no sabe cómo adaptarlo, o no lo sabe en la medida en que lo sabía con un autor de la cultura que estudió y de la que se impregnó. Es más, lo que el traductor traduce es un texto *ya traducido*, por su propio autor, no tanto de su lengua de origen a su lengua de comunicación como de su cultura

de origen a la lengua de la cultura en la que vive. Aunque no sea de forma voluntaria, el traductor recupera el papel de cristal a través del cual pasa el texto, la voz, del otro mundo al que accedemos.

Es probable que este papel no haga sino crecer en el mundo al cual nos encaminamos. Es lo más positivo que puede ocurrir. Si junto a la traducción clásica, de las literaturas originales a las de destino, surge —ya ha surgido— esta forma de traducción puente, es más que probable que la difusión de las voces aumente, y que conozcamos además de forma muy directa ese mundo de la integración del que todos hablamos pero del que todos nos mantenemos a distancia. La voz del otro en nuestra propia voz, contribuyendo a crear la lengua de todos, puede ser una de las grandes aportaciones al entendimiento que podamos hacer en la Europa múltiple que es nuestro futuro.

## NOTAS

<sup>1</sup> Citado en P. RUSSELL, *Traducciones y traductores en la península ibérica (1400-1550)*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, 1985. Russell dice que tales expresiones no son más que instrumentos de *captatio benevolentiae* por parte de los traductores, pero la propia argumentación que hace indica que las observaciones son fundadas: los traductores están aquí engañando con la verdad.

<sup>2</sup> Christian BALLIU, «Los traductores transparentes. Historia de la traducción en Francia durante el período clásico». En *Hieronimus Complutensis*, n.º 1, enero-junio de 1995, p. 12.

<sup>3</sup> Edward SAID, *Orientalismo*. Traducción de María Luisa Fuentes. Madrid: Libertarias, 1990.

<sup>4</sup> Miguel SÁENZ, «La quinta literatura alemana». *Váos Comunicantes*, n.º 8, Madrid: ACÉtt, 1996, p. 41.

